# ΣΟΦΊΑ

## REVISTA TEOSÓFICA

*SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH*

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD




# ALGUNAS DIFICULTADES DE LA VIDA INTERNA

Todo aquel que se dedique seriamente á vivir la Vida Interna, encuentra ciertos obstáculos en el principio mismo de la senda que á ella conduce, obstáculos que se repiten en la experiencia de todos, porque tienen por base la naturaleza común de los hombres. A cada caminante le parecen nuevos y peculiares suyos, y esto ocasiona un sentimiento de desaliento personal que mina la fuerza que se necesita para vencerlos. Si se comprendiese bien que forman parte de la experiencia común de los aspirantes, que constantemente se tropieza con ellos y son constantemente vencidos, pudiera ser que el saber esto diese ánimo al desalentado neófito. El apretón de manos en la obscuridad, el sonido de una voz que dice: «Compañero caminante, yo he pasado por donde estáis pasando y el camino es practicable», son cosas que prestan auxilio en los momentos de tinieblas, y tal auxiliar es lo que este artículo se propone.

Una de estas dificultades me fué expuesta hace algún tiempo por un amigo y compañero caminante, en relación con algún consejo que se le dió respecto de la purificación del cuerpo. No había en modo alguno contrariado el consejo, pero decía, con mucha verdad y penetración, que para la mayor parte de nosotros, la dificultad radicaba más en el Hombre Interno que en sus instrumentos; que para la mayoría de nosotros, los cuerpos que teníamos eran suficientemente buenos, ó cuando más necesitaban

un poco de ajuste, pero que había una necesidad desesperada de mejoramiento del hombre mismo. De la falta de suaves armonías es más culpable el músico que su instrumento; y si se le pudiese alcanzar á él y mejorarle, su instrumento no sería deficiente; este era capaz de producir tonos mucho mejores que los que hasta ahora producía, pero estos tonos dependían de los dedos que oprimían las llaves. Mi amigo decía de modo enérgico y algún tanto patético: «Yo puedo hacer que mi cuerpo haga lo que quiero; la dificultad consiste en que yo no quiero».

Esta es una dificultad que experimenta todo aspirante serio. El mejoramiento del hombre mismo es lo principal que se necesita, y el obstáculo de su debilidad, de su falta de voluntad y de firmeza de propósito, es mucho más importante que el que puede presentarnos nuestro cuerpo. Hay muchos métodos que todos conocemos para formar cuerpos de un tipo mejor si queremos hacerlo, pero en el «querer» es en donde somos deficientes. Tenemos el conocimiento, reconocemos la necesidad de ponerlo en práctica, pero el impulso para verificarlo falta. Nuestra dificultad fundamental se encuentra en nuestra naturaleza interna; esta es inerte, el deseo de moverse está ausente; no es que los obstáculos externos sean insuperables, sino que el hombre mismo yace echado y no tiene ganas de sobreponerse á ellos. Esta experiencia se repite constantemente entre nosotros; parece como que hay falta de atractivo en nuestros ideales; no pueden atraernos, no queremos realizarlos aun cuando intelectualmente hayamos decidido que su realización es deseable. Se hallan ante nosotros como el alimento ante un hombre que no tiene hambre; ciertamente es una comida muy buena y puede alegrarse de ella mañana, pero ahora, precisamente, no tiene ganas y prefiere estarse tendido tomando el sol á levantarse para cogerla.

El problema está resuelto dentro de dos preguntas: ¿por qué no quiero lo que, como ser racional, veo que es deseable y productor de la dicha? ¿Qué puedo hacer para llegar á desear lo que sé es lo mejor para mí y para el mundo? El maestro espiritual que pudiese contestar estas preguntas de un modo efectivo, haría á muchos un servicio mucho mayor que el que estuviera constantemente reiterando el deseo abstracto de los ideales que todos reconocemos, y la naturaleza imperiosa de las obligaciones que todos admitimos y de las cuales no hacemos caso. La máquina está aquí, no del todo mal hecha: ¿quién puede colocar su dedo en la palanca *y hacerla mover?*

La primera pregunta debe ser contestada por un análisis de la propia conciencia que pueda explicar esta extraña dualidad: el no desear lo que, sin embargo, sabemos que es deseable. Se nos dice que la propia conciencia es una unidad, y sin embargo, cuando fijamos nuestra atención en lo interno, vemos una multiplicidad asombrosa de «yos», y nos aturde el clamor de voces opuestas, procedentes todas aparentemente de nosotros mismos. Ahora bien; la conciencia — y la propia conciencia es sólo conciencia atraída á un centro definido que recibe y expele — *es* una unidad, y si aparece en el mundo externo como muchas, no es porque haya perdido su unidad, sino porque se presenta allí á través de un medio diferente. Hablamos de un modo voluble de los vehículos de conciencia, pero quizá no tenemos siempre presente lo que la frase implica. Si se conduce la corriente de una batería galvánica á través de varias series de materiales diferentes, su aparición en el mundo externo variará con cada alambre. En un alambre de platino, puede aparecer como luz; en uno de hierro, como calor; alrededor de una barra de hierro dulce, como energía magnética; haciéndola pasar por una solución, como un poder que descompone y vuelve á combinar. Una sola energía está presente, y sin embargo, aparecen muchos modos distintos, pues la manifestación de la vida está siempre condicionada por sus formas, y al obrar la conciencia en el cuerpo causal, en el mental, en el astral ó en el físico, el «Yo» resultante presenta características muy distintas. Según sea el vehículo al cual está dando vida, así será el consciente «Yo». Si obra en el cuerpo astral será el «Yo» de los sentidos; si en el mental será el «Yo» de la inteligencia. Por causa de la ilusión, cegado por la materia que lo envuelve, se identifica con los deseos insaciables de los sentidos y con el razonamiento del intelecto, y exclama: «Yo quiero», «yo pienso». La naturaleza que desarrolla los gérmenes de la dicha y del conocimiento es el Hombre eterno, y es la raíz de las sensaciones y pensamientos; pero estas sensaciones y pensamientos son sólo las actividades transitorias de sus cuerpos externos, manifestadas por el contacto de su vida con la vida externa, del Yo con el no yo. Construye centros temporales para su vida en uno ú otro de estos cuerpos, y seducido por los contactos externos que despiertan su actividad, se identifica con ellos. A medida que procede su evolución, á medida que él mismo se desarrolla, descubre gradualmente que estos centros físico, astral y mental son sus instrumentos y no él mismo; los ve como partes de su «no-yo», que temporalmente ha traído á una unión con él

mismo — del mismo modo que pudiera tomar una pluma ó un cincel; — se aparta de ellos reconociéndolos y usándolos como los instrumentos que son, y se reconoce á sí mismo como vida, no como forma; como dicha, no como deseo; como conocimiento no como pensamiento; y entonces, por vez primera, es consciente de la unidad, y únicamente entonces encuentra la paz. Mientras la conciencia se identifique con la forma, aparece como múltiple, cuando se identifica como vida preséntase como una.

El hecho importante que se sigue para nosotros es que, según H. P. B. señaló, la conciencia en el presente estado de la evolución tiene su centro normalmente en el cuerpo astral. La conciencia aprende á conocer por su capacidad de sensación, y la sensación pertenece al cuerpo astral. Tenemos sensaciones, esto es, reconocemos contacto con algo que no es nosotros mismos, algo que despierta en nosotros el placer, el dolor ó el punto neutral medio. La vida de sensaciones constituye la mayor parte de la vida de la masa humana. Para los que están por debajo del término medio, la vida de sensaciones es la vida toda. Para unos pocos seres avanzados, la vida de sensaciones ha sido transcendida. La mayor parte ocupa los diversos estados que se extienden entre la vida de sensación, de la sensación mezclada con la emoción y el pensamiento en diversas proporciones, y también de la emoción y del pensamiento en proporciones diversas. En la vida que es toda sensación no hay multiplicidad de «yos», y por lo tanto, ningún conflicto; en la vida que ha transcendido la sensación hay un Regente Interno, Inmortal, y no hay conflicto; pero en todos los estados intermedios hay múltiples «yos» y entre ellos lucha.

Consideremos la vida de sensaciones como se ve en el salvaje de poco desarrollo. Allí hay un «yo» apasionado, ansioso, fiero, rapaz, cuando entra en actividad. Pero no hay conflicto, excepto con el mundo fuera de su cuerpo físico. A éste puede hacer la guerra, pero la guerra interna no la conoce. Hace lo que quiere, sin consultas previas ni remordimientos posteriores; las acciones del cuerpo siguen los impulsos de los deseos, y la mente no lucha, ni critica, ni condena. No hace más que reflejar y registrar, almacenando materiales para una futura elaboración. Su evolución avanza por las exigencias que le impone el «yo» de sensación, obligándole á ejercitar sus energías para satisfacer este imperioso «yo». Es inducido á la actividad por estos impulsos de los deseos, y principia á obrar con su acopio de observaciones y recuerdos, evolucionando de este modo una pequeña facultad razonadora, y forma planes para la satisfac-

ción de su amo. De este modo desarrolla inteligencia, pero una inteligencia por completo subordinada al deseo, que se mueve bajo sus órdenes, que es esclava de la pasión. No muestra individualidad alguna separada, sino que es meramente el instrumento voluntario del tirano «yo», deseo.

La lucha sólo principia cuando después de una larga serie de experiencias, el Hombre Eterno ha desarrollado mente suficiente para revisar y pesar, durante su vida en el mundo mental inferior entre la muerte y el nacimiento, los resultados de su actividad terrestre. Entonces señala ciertas experiencias, cuyo resultado ha sido más doloroso que placentero, y llega á concluir que obrará mejor evitando su repetición; las mira con repulsión y graba esta repulsión en su mente, y asimismo graba la atracción de otras experiencias que le produjeron más placer que dolor. Cuando vuelve á la tierra, trae consigo estas impresiones como una tendencia interna de su mente, y cuando el «yo» deseo, se precipita hacia un objeto que le atrae, volviendo á comenzar una serie de experiencias que le han conducido al sufrimiento, interpone una débil protesta, y otro «yo» — la conciencia obrando como mente — se hace sentir y oir, repeliendo estas experiencias y resistiéndose á ser arrastrado á ellas. La protesta es tan débil y el deseo tan fuerte, que apenas puede decirse que hay lucha; el «yo», deseo, largo tiempo entronizado, se precipita sobre el débil rebelde que protesta; pero cuando el placer ha terminado, y el dolor sigue como consecuencia, el ignorado rebelde levanta de nuevo su voz con un lastimero «ya te lo dije», y esta es la primera punzada del remordimiento. Á medida que una vida sucede á otra vida, la mente se afirma más y más, y la lucha entre el «yo» deseo y el «yo» pensamiento, se hace más y más fiera, y el grito agonizante del místico cristiano: «veo otra ley en mis miembros haciendo la guerra á la ley de mi mente», se repite en la experiencia de todo hombre que evoluciona. La guerra se hace más y más enconada, á medida que, durante la vida devachánica, las decisiones del Hombre se imprimen con más y más fuerza en la mente, apareciendo como ideas innatas en el nacimiento que sigue, prestando fuerza al «yo» pensamiento, el cual, retirándose de las pasiones y emociones las considera como extrañas á él, y rechaza sus pretensiones de dominio. Pero la larga herencia del pasado está de parte del monarca que desea destronar, y la guerra es amarga y de variada fortuna. La conciencia, en sus actividades externas, transcurre fácilmente por los usados canales de la costumbre de muchas vidas; por otra parte, es desviada por los esfuerzos del

Hombre para dominarla y dirigirla por los canales abiertos por sus reflexiones. Su voluntad determina la línea de las fuerzas de la conciencia obrando en los vehículos superiores, al paso que el hábito determina en gran parte la dirección de las que obran en el cuerpo de deseos. La voluntad, guiada por el ojo claro de la inteligencia, señala al elevado ideal que se ve como el objeto propio del logro; la naturaleza de deseos no quiere alcanzarlo, está aletargada ante él, no viendo allí hermosura alguna que desear, más aún, es á menudo rechazada por las líneas austeras de su grave y casta dignidad. «La dificultad es que yo no *quiero*». No queremos hacer aquéllo, que en nuestros momentos de elevación hemos resuelto hacer. El «yo» inferior es impulsado por la atracción del momento más bien que por las resultantes registradas del pasado, que mueven al superior, y la verdadera dificultad, es hacernos sentir, que el «yo» adormecido ó clamoroso de la naturaleza inferior, no es el verdadero «yo».

¿Cómo se vence esta dificultad? ¿Cómo llegaremos á conseguir que lo que reconocemos por superior sea el «yo» habitual consciente?

(Se continuará). Annie BESANT.

# LA CIENCIA PRECRISTIANA

## TEORÍA PITAGÓRICA DE LA EVOLUCIÓN

Todo cuanto existe en el mundo invisible é inextenso; todo cuanto existe en la Naturaleza; todo lo que alcanza la razón del hombre que vive en el planeta Tierra, y todo lo que no puede alcanzar, forma una sola serie matemática, cuyos términos están enlazados de tal suerte, que cada uno se deriva del anterior y engendra al siguiente; de modo, que en cada término, podemos estudiar y ver la serie entera, puesto que contiene en acto á todos los términos anteriores de la serie, y contiene en potencia, á modo de semilla ó embrión, á todos los infinitos é innumerables términos siguientes de la serie.

De tener un concepto empírico y deficiente de la gran doctrina de la evolución, á tener un concepto científico y completo, hay una diferencia grandísima; la misma que existe entre el talento de Darwin y el genio de Pitágoras, el coloso entre los gigantes del pensamiento.

A medida que se ve con más claridad esta verdad fundamental, cualquier trabajo científico es más fácil y sencillo, puesto que todos ellos se reducen á colocar en el sitio correspondiente de la serie matemática de todas las formas, aquélla que examinamos.

Esta es la significación que debemos dar al axioma pitagórico de que todas las cosas son números; admitiendo que todo cae bajo el imperio de las matemáticas, tenemos un guía segurísimo, infalible, en todas nuestras investigaciones, y no consideraremos bien conocida cosa alguna mientras no la representemos por una fórmula matemática, y no coloquemos ésta en el sitio que la corresponda entre los términos de la serie matemática de la evolución.

Mientras esto no sea posible, observemos, midamos, pesemos, contemos, ensayemos todas las hipótesis posibles, pero demos la preferencia á aquellas que hallemos por el camino de las matemáticas, porque éste es el único verdadero; y así no miremos las cosas del pensamiento, de la voluntad, del amor humano y del amor divino del sentimiento religioso, con la risa compasiva y petulante del excepticismo científico moderno, sino con la correcta austeridad del pitagórico que está convencido de que todo, lo humano y lo divino, está comprendido dentro de leyes y verdades matemáticas, complicadísimas, dificilísimas, muy poco conocidas, mas no incognoscibles.

En toda serie matemática en que cada término se deduce del anterior, según una ley determinada, se verifica, que si elegimos un grupo determinado de términos y le comparamos con otro grupo de términos en igual número y semejantemente dispuestos, resulta un parentesco matemático, digámoslo así, una relación fácilmente determinable entre grupo y grupo, y entre cada uno de los términos del primer grupo, con cada uno de los términos del segundo grupo; de donde resulta que la serie total es una sucesión de series parciales semejantes, una especie de piano cuyo número de escalas musicales no tuviese fin.

Representemos la serie matemática de todas las formas posibles por una serie de alfabetos de este modo:

$$a, \ldots b, \ldots c, \ldots\ldots z, a', \ldots b', \ldots\ldots c', \ldots\ldots z', a'', \ldots\ldots b'', \ldots\ldots c'', \ldots\ldots z'', \ldots\ldots\ldots a^n, \ldots b^n, \ldots\ldots c^n, \ldots\ldots z^n,$$

y veamos de clasificar todas las cosas en esta serie.

La primera parte de la serie, el primer alfabeto, representa el proceso de la evolución en el mundo inextenso de las ideas, el principio de la evolución.

Consideremos todas las ideas posibles, entendiendo por ideas las verdades matemáticas hasta ahora descubiertas, y las que no lo han sido todavía. Sin gran esfuerzo de reflexión se advierte que todas las verdades matemáticas existen por sí mismas, independientes del cerebro del hombre, porque aunque el hombre no existiera, la verdad matemática de que 3 más 2 suman 5, subsistiría y con ella todas las ideas, todo lo racional matemático, digan lo que quieran los paralogismos de Kant, gran talento discípulo de Pitágoras, pero que no ha entendido al gran maestro.

Adviértese asimismo que todas las verdades matemáticas ó ideas están enlazadas entre sí, que no hay ninguna que esté completamente desligada de todas las demás; de donde resulta con evidencia indiscutible, con claridad meridiana, una jerarquía de ideas, una serie matemática de verdades existentes por sí mismas, *causa sin causa* de todos los demás fenómenos matemáticos del universo, que no son más que la continuación de la serie.

La verdad matemática más elemental, más sencilla de todas, estará representada en la serie de la evolución por la letra a. El cero, la nada, el *no ser*, lo racional no matemático estará representado por el símbolo a.

Las letras *b*... *c*... y *d*, y los espacios entre ellas comprendidos, significan las ideas más sencillas, pero de complejidad creciente.

Las últimas letras *w*... *x*... *y* y los huecos que entre ellas suponemos, epresentan las ideas más altas, las verdades matemáticas más fuertes en la jerarquía de la evolución, que no sabemos todavía simbolizar con fórmulas analíticas claras y precisas; la idea de la voluntad, la idea del bien, la idea del amor, la idea de la fuerza, la idea del movimiento, y por último, una idea suprema, la verdad matemática más alta de todas, el último término síntesis de la serie de las ideas que contiene dentro de sí á todos los demás términos de la serie, arquetipos de los siguientes abecedarios de la evolución, la integral de todas las integrales imaginables y posibles que representaremos por la letra *z*.

No discutamos palabras. Lo mismo da decir creo en *z*, que decir creo en el Dios omnipotente de Santo Tomás, ó en el Verbo de San Agustín, ó en el Logos de los gnósticos, ó en el Primer Uno de los pitagóricos, si en todos los casos tenemos en la mente la serie matemática de la evolución.

No olvidemos tampoco que las afirmaciones quedan siempre más ó

menos teñidas y aun manchadas por la pasión que nos agita al hacerlas.

Podemos afirmar la existencia de Dios con la frialdad y corrección habitual del experimentador que lo halla como término final de sus investigaciones con el microscopio, el bisturí, el telescopio ó cualquier otro aparato, ó como resultancia natural y lógica de la ciencia matemática.

Podemos afirmar la más alta verdad matemática con la exaltación amorosa de Santa Teresa de Jesús, desbordándose en sublimes intuiciones y elocuentísimos pensamientos.

Ni uno ni otro modo satisfacen nuestros gustos. Creemos que tal afirmación debe hacerse como amantes sinceros de la verdad, poniendo en ejercicio toda la potencia intelectual de que sea capaz nuestro cerebro, orientando nuestra voluntad hacia el bien con la mayor energía posible, y avivando nuestro sentido artístico como único piloto capaz de guiarnos en el mar de nuestras dudas hacia las verdades matemáticas transcendentales de la fe.

En la serie de verdades matemáticas representada por el primer abecedario, suponemos que las letras dibujan la línea de mayor perfección, desde la nada hasta Dios, línea que también pudiéramos llamar línea de mínima resistencia de la evolución.

Para que la clasificación de todas las ideas sea más clara y completa, suponemos que por cada letra, ó verdad importante entre dos letras comprendida, pasa un plano perpendicular á la línea ó eje de la evolución, y que en ese plano parten de la letra correspondiente las series de infinitas verdades secundarias ó menos importantes que de ella se derivan; series que son todas dobles, en número par, conjugadas, de sexualidad contraria.

El espacio y el tiempo, estas dos esfinges de la filosofía son, á nuestro entender, términos de la serie colocados no muy lejos del fin del primer abecedario de la evolución. Son ideas embriones de las cosas, verbo que principia á convertirse en carne; son antecedentes necesarios é instrumentos indispensables para que las ideas puedan ser transformadas en fuerzas y después en los siguientes alfabetos de la evolución.

## LA CREACIÓN

Es el tránsito del término de la serie matemática de la evolución que designamos con la palabra Dios, ó con la letra $z$, al término siguiente $a'$ conque comienza el siguiente alfabeto.

Con el símbolo a' representamos el átomo central del universo, cuyo centro inextenso es Dios; y entendemos por átomo central del universo el instrumento que sirve para la transformación automática é incesante de las ideas en fuerza y de la fuerza en ideas.

El protoplasma de la vida es el átomo central, al cual, para entenderlo, lo compararemos primero con una esfera de gas sutilísimo, de eso que los físicos materialistas llaman éter. Figurémonos, pues, una esfera de una substancia invisible, impalpable y tan extraordinariamente sutil, que el éter que los físicos admiten como cierto, sea, comparado con ella, cosa muy grosera, hilo muy burdo para principiar á construir con él el perfectísimo tejido del universo. Llamemos átomo á esta esfera de substancia *espiritual, matemática, psíquica* ó como queramos llamarla, y supongámosla animada de dos movimientos: uno de expansión, en virtud del cual la substancia inteligible y matemática contenida en el punto inextenso, centro del átomo, se transforma en esfera de radio infinito, ó sea en espacio, en tiempo y en fuerza *(el flujo de Heráclito)*; y otro de condensación, en que la esfera se contrae y disminuye de volumen hasta identificarse con su centro, ó lo que es lo mismo, desapareciendo (*muriendo*) el espacio, el tiempo y la fuerza, para convertirse en substancia inteligible inextensa.

Esta esfera, en perpetuo movimiento de expansión y de condensación, es lo que llamamos átomo.

Entendemos, pues, por átomo, el protoplasma de la vida, su forma elemental, que á su vez es la combinación regular del espacio, del tiempo y de la fuerza.

En la concepción pitagórica, matemática ó evolucionista del universo, el átomo es el término de la serie matemática de las formas, que sirve para pasar del mundo inextenso al extenso, ó sea el aparato mecánico (sin materia) que sirve para transformar las ideas en fuerzas, ó lo que es lo mismo, para transformar las ideas matemáticas puras inextensas é invisibles en otras ideas matemáticas más complicadas, que parecen cosas *(Maya)*, y que los materialistas ignorantes juran y perjuran que son macizas, que son cosas y no ideas, porque abultan y pesan.

Son Quijotes de la filosofía, acometiendo sin cesar á los molinos de viento de la materia, que es la Dulcinea imaginaria de que están enamorados sin saber por qué.

Los verdaderos materialistas son los que, partiendo del idealismo

transcendental de los pitagóricos, no ven más que el concepto matemático del mundo, esto es, los que consideran que la transformación de las ideas en fuerzas ó creación ó aparición de los átomos es cosa fatal y necesaria, que se verifica ó se ha verificado eternamente sin intervención de un ser supremo.

En rigor, tanto esta clase de materialistas (que no creen en la materia), como los espiritualistas de todas clases, disputan por palabras más que por ideas y por hechos.

El átomo central del universo, cuyo centro es Dios, es el mecanismo en que se verifican automáticamente, y al mismo tiempo dos transformaciones opuestas y contrarias: la transformación de las ideas en fuerza convirtiéndose el punto matemático inextenso en esfera de substancia sutilísima, llámese éter, substancia psíquica y matemática ó de cualquier otro modo, y la transformación de la esfera contrayéndose hasta desaparecer en su centro, convirtiéndose la fuerza en ideas, llámanse lo racional, logos, verbo ó cosa tal.

Este ritmo incesante, este movimiento continuo, esta doble transformación automática y simultánea de las ideas en fuerza y de la fuerza en ideas, de lo racional en real y de lo real en racional, del *ser* en el *no ser* y del *no ser* en el *ser*; esta maravillosa transformación del punto inextenso en esfera extensa y de la esfera en punto inextenso, es lo que los pitagóricos comparaban con la respiración del cuerpo humano.

ARTURO SORIA Y MATA.

(Se continuará.)

# EL PORVENIR QUE NOS AGUARDA

(CONTINUACIÓN)

CONSIDERANDO las actividades por el aspecto del amor, y, en primer término, el servicio de los que se hallan por encima de nosotros, vemos que cuando el hombre pasa al mundo astral, puede ver allí como fenómenos que investigar, mucho que sólo ha soñado ó creído por la fe cuando estaba limitado al mundo físico. Y allí hay grandes verdades, grandes realidades, poderosas inteligencias con quienes se pone por primera vez en contacto en este mundo astral — sólo tocando el borde sin comprender todavía la naturaleza — contacto lejano, pero que, sin embargo, se lo hará

real en lugar de ser un asunto de fe. Al abrirse este mundo desconocido ante la despertada visión del hombre, así como lo está ahora únicamente para los pocos, encontrará, que no sólo podrá ver con una visión de mucho mayor alcance, que no sólo podrá usar los sentidos astrales en el cuerpo físico, sino que puede dejar este cuerpo siempre que le resulte un inconveniente ó una dificultad, pudiendo usar su cuerpo astral para viajar por el mundo astral. Entonces entrará dentro del círculo de sus posibilidades la comunicación con las grandes inteligencias con que allí puede ponerse en contacto, una vez que los límites de lo físico han sido traspasados. Y veremos que la religión tomará nueva vida, pues la base misma del escepticismo desaparecerá cuando la humanidad pueda ver é investigar fenómenos considerados ahora equivocadamente como sobrenaturales, y cuando los hombres se pongan otra vez en comunicación directa con seres, cuya existencia misma se niega hoy. Del mismo modo desaparecerá la superstición cuando los hombres puedan clasificar á voluntad el mundo más allá de la tumba; lo que deja de ser lo desconocido, cesa de ser una tierra de terrores, y no se abusará más del temor de los hombres por aquéllos que tratan de subyugarlos por el miedo al mundo desconocido. Todos los hombres conocerán ese mundo; todos comprenderán sus fenómenos, ahora maravillosos, pero entonces familiares, porque entran en la vida diaria. Lo que llamamos muerte quedará prácticamente despojado de sus tristezas, porque el hombre podrá vivir en el mundo astral, mezclarse con aquéllos que han abandonado por completo durante un tiempo las limitaciones del cuerpo físico; el mundo astral habrá entrado dentro de la esfera de la vida ordinaria, y la división causada por la muerte será barrida. El contacto con los Grandes Seres, la enseñanza que entonces vendrá á raudales al mundo, la posibilidad de llegar hasta ellos — pues el espacio no tendrá ya poder de separar, dada la rapidez de movimiento en esta sutil región — todo esto pondrá al alcance de todos, oportunidades de conocimiento que hoy sólo vienen á muy pocos, conocimiento que cambiará todo el aspecto de la vida, y que mostrará ante la mente del hombre sus posibilidades aún más divinas. Allí también, los hombres encontrarán los grandes maestros del pasado, y sabrán que no son sueños, sino hombres vivos; que todo lo que se ha creído de ellos como lo más noble es verdad, al paso que todo lo que la ignorancia ha hecho para obscurecerlos se borrará en esa luz más brillante, en la visión más clara de ese día más puro. Y si de la esfera de la religión pasamos á la de la protección

de aquellos que nos rodean y compadecen á los de abajo, ¿qué cosas no realizará la humaninad cuando la mayoría pueda hacer lo que sólo una pequeña minoría hace ahora, apoderándose de las fuerzas astrales y empleándolas constantemente así en el mundo astral como en el físico? En el mundo físico un hombre puede ayudar á otros, proteger á otros, enviando conscientemente fuerzas desde lo astral para verificar su propósito; emitiendo un pensamiento útil y revistiéndolo de esencía elemental, creando así un elemental artificial que puede dirigir en auxilio del más débil, como salvaguardia de los no protegidos, preservándolos del peligro, formando un escudo continuo para cualquiera á quien se envíe. Todo esto estará fácilmente al alcance de aquellos que forman la vanguardia de la evolución humana, y los más retrasados serán ayudados por los que han avanzado más, porque estos poderes serán asequibles á la mayoría de los hombres. La ayuda se prestará también en el mundo astral á todo el que la necesite, á todas las almas de los retrasados, que, abandonando el cuerpo físico, entran por primera vez en un mundo nuevo para ellos, pues toda la humanidad no será entonces igual como no lo es ahora. La gran mayoría estará desenvolviendo su conciencia en el plano astral, pero habrá todavía un gran número cuya conciencia no habrá llegado á él; la mayoría estará en situación de proporcionar protectores que guíen, consuelen y dirijan todas las almas más ignorantes que han abandonado la vestidura del cuerpo físico, obra que sólo los pocos hacen ahora. En aquel plano hay al presente grandes oportunidades, pues aun ahora puede darse consuelo á las almas que van allí desemparadas, precipitadas en esa región llenas de temor; sus terrores pueden ser apaciguados, sus mentes iluminadas, y en el porvenir esta obra bendita estará á disposición de la humanidad, para todos los que alcancen estas posibilidades superiores del hombre por la senda de la compasión.

Otra bendición que vendrá al mundo, obrando desde el plano astral a físico, se refiere á la cuestión de la educación de los niños. ¡Cómo cambiará la educación cuando los sentidos astrales estén despiertos, cuando la mente de los niños sea un libro abierto para los padres y maestros; cuando sus caracteres se vean plenamente delineados en forma y en color, según se presentan á la visión astral; cuando todas sus malas tendencias se reconozcan en germen en la niñez y puedan extinguirse, al paso que todas las buenas sean fortalecidas, ayudadas y desarrolladas hasta su fructificación! La educación de los niños en el porvenir — que después de

todo no es tan sumamente remoto — será de tal naturaleza, que les hará progresar mil veces más velozmente que hoy en día. ¿Qué no pudiera hacerse con los niños del presente si fuesen educados por los que poseyesen la visión astral, si todas las semillas del vicio fueran debilitadas hasta su extinción, si todas las semillas del bien fuesen ayudadas y fortalecidas hasta su florecimiento? En lugar de verlos crecer meras copias de la gente más vieja que les rodea, les veríamos crecer como una verdadera generación nueva, desenvolviendo las posibilidades que ya hoy encierran. ¡Desdichada ignorancia que fortalece el mal y debilita el bien; desdichada ceguera que es como una venda en los ojos de nuestra gente, de suerte que no pueden ver, y por tanto, no pueden guiar la juventud!

Cuando del aspecto del amor pasamos al de la sabiduría, vemos que con la expansión de la conciencia en el plano astral debe ocurrir un cambio completo. Los métodos de la ciencia serán otros; los antiguos métodos que ya principian á estar gastados, serán sustituídos por instrumentos más agudos y sutiles, y todos los hombres de ciencia usarán estos mejores instrumentos de los sentidos astrales, para estudiar y comprender los fenómenos del mundo físico asi como los del astral. Sólo tengo tiempo para indicar algunos de los nuevos métodos que entonces se emplearán, pero una breve reseña bastará para daros una idea de cuán amplia es su esfera; y confío en que vuestro Presidente, que sabe tan bien hacerlo, tratará de este asunto antes de mucho en detalle, de un modo que yo no puedo hacer al tocarlo de pasada. Ved la ciencia médica, é imagináos la diferencia en la certeza y precisión, cuando el doctor diagnostique por la vista é investigue la acción de sus recetas por medio de la vista astral; ni el médico, ni el cirujano, se verán impedidos por la superficie de las cosas como les sucede ahora, sino que verán exactamente el mal y aplicarán sus remedios en consecuencia.

Considérense también los métodos de la química. El químico ya no formará teorías, sino que verá; sus «átomos» no serán ya abstracciones posibles, sino cosas que pueden fácilmente examinarse siguiendo su rastro (1). Todas las combinaciones serán estudiadas con la visión astral, inspeccionando estado tras estado; probará, separará, combinará, volverá á arreglar, todo con la seguridad que proviene de la visión, y manipulará sus materiales con las nuevas fuerzas de que dispone. En la psico-

(1) Véase *Química Oculta*, por A. Besant, de venta en la redacción de esta Revista.

logía, ¡cuán cambiados estarán los métodos cuando la mente se encuentre ante el psicólogo como un libro abierto! En lugar de especular sobre la mente de los animales, sacando consecuencias de sus acciones y adivinando sus motivos, verá el modo cómo piensa el animal, el mundo extraño que alborea en su inteligencia, un mundo tan diferente del nuestro, porque el punto de vista desde donde se ve es tan distinto. Entonces verdaderamente, podrá el hombre tratar de un modo efectivo la inteligencia animal, educando esta facultad naciente y guiando su progreso con conocimiento claro y competente. Se estudiará el pensamiento al ser enviado de mente á mente, y la psicología cesará de ser un juego de palabras, una agrupación de ideas obscuras; el todo será ordenado, será gradualmente comprendido y dominado, pues el psicólogo conocerá entonces en qué consiste la mente del hombre, y empezará á comprender su manera de obrar y las posibilidades de sus poderes de desenvolvimiento.

Miremos, asimismo, la filosofía. Ya no habrá tan siquiera posibilidad de discusión acerca de su base, en vista del más amplio conocimiento de los poderes antes negados, de la materia con potencialidades no imaginadas, de la materia que se verá muchísimo más sutil que lo que se había creído posible, pero siempre actuando como revistimiento de la vida. Entonces se poseerá lo que hoy falta en el idealismo — la comprensión de las relaciones entre la fuerza y la materia como los dos aspectos del Uno, entre la vida y la envoltura que la reviste. El hombre comprenderá además cómo la materia está sujeta á la vida, cómo asume la forma que el pensamiento ordena, cómo puede funcionar el poder creador, si bien esto será comprendido de un modo más completo en regiones aún más elevadas.

Considérese también la escritura de la historia. ¡Cuán diferente será en un mundo en donde todos los anales astrales se hallan abiertos á la lectura, cuando la historia ya no habrá de escribirse bajo tal ó cual aspecto, encaminada á apoyar una teoría ó á sostener una opinión particular del escritor, sino que los historiadores podrán lanzarse dentro del pasado, viviendo y moviéndose en medio de las escenas que describen! Cuando la historia se haga, se sacará de los anales astrales; las escenas serán vivas, y los que las cuenten, vivirán, como si dijéramos, en la misma época, y podrán seguir paso á paso á los hombres de su tiempo. Y todo esto con la seguridad de la observación — comprobada y vuelta á comprobar por distintos estudiantes — no siendo necesario ni adivinar ni

deducir, sino una observación paciente y una anotación fiel; del mismo modo que nosotros vivimos y nos movemos hoy entre nuestros semejantes, vivirá y se moverá el historiador en el mundo que llamamos el pasado, un mundo viviente y presente para aquellos que saben marchar en él.

¡Cuán diferente también será el arte en esos días futuros aun desde el punto de vista mecánico! ¡Cuántos colores más deleitarán la vista, brillantes y de tonos vívidos, transparentes, exquisitos, suaves! Cuanta mayor variedad de formas cambiantes exista en el mundo astral, tanto más habrá que delinear, que reproducir, pues aun aquí en el mundo físico, el caballete del pintor lucirá las hermosuras de lo astral. Y cuando el músico escriba alguna gran sinfonía ó sonata maravillosa, no sólo emitirá sonidos que encanten los oídos de los hombres, sino que resplandecerán los colores á medida que las notas suenen dulcemente, siendo cada sinfonía una serie deslumbradora de matices, al mismo tiempo que de sonidos, de una belleza que al presente ni puede soñarse, con una perfección y delicadeza que aún no es dado al hombre conocer.

ANNIE BESANT.

(Se continuará).

# CLARIVIDENCIA

(CONTINUACIÓN)

2. *Por medio de una corriente astral.* — Esta es una frase que se usa con frecuencia, y no siempre con propiedad, en parte de nuestra literatura teosófica, para determinar una diversidad considerable de fenómenos, y entre ellos el que intento explicar. Lo que en realidad hace el estudiante que adopta este método, no es poner en acción una corriente en la materia astral, sino más bien construir á través de ella un teléfono temporal.

Es imposible poder dar en estos artículos un tratado completo de física astral, aunque tuviese conocimientos para ello; basta con decir que es posible construir en la materia astral una línea conectora definida que actúe como un hilo telegráfico para conducir vibraciones, por cuyo medio pueda verse todo lo que pasa en el otro extremo. Semejante línea no se establece, entiéndase bien, por una proyección directa de materia as-

tral á través del espacio, sino por una acción sobre una línea (ó más bien muchas líneas) de partículas de esta materia, que las haga capaces de formar un conductor á propósito para las vibraciones del carácter que se requiere.

Esta acción preliminar puede ejecutarse de dos maneras: ya sea por la transmisión de la energía de partícula á partícula, hasta que la línea quede formada, ó bien por el uso de una fuerza desde un plano superior capaz de actuar simultáneamente sobre toda la línea. Por su puesto, este último método implica un desarrollo mucho mayor, puesto que envuelve el poder y el conocimiento para el empleo de fuerzas de un nivel considerablemente superior; de suerte que el hombre que pudiese construir de este modo una línea, no necesitaría de tal línea, puesto que podría ver mucho más fácil y perfectamente por medio de una facultad por todos conceptos más elevada.

De estos dos métodos, aun el más sencillo resulta muy difícil de describir, por más que sea muy fácil de ejecutar. Puede decirse que participa algún tanto de la naturaleza de la magnetización de una barra de acero; pues consiste en lo que pudiera llamarse la polarización, por un esfuerzo de la voluntad, de un número de líneas paralelas de átomos astrales, que parten desde el operador hasta la escena que desea observar. Todos los átomos de esta suerte afectados, son mantenidos durante el tiempo de la observación, con sus ejes rígidamente paralelos entre sí, de manera que forman una especie de tubo temporal, por el cual mira el clarividente. Este método tiene la desventaja de que la línea telegráfica puede ser desarreglada y hasta destruída por cualquier corriente astral, lo bastante fuerte para ello, que se interponga en su camino; pero si el esfuerzo original de la voluntad fuese bien definido, entonces sería ésta una contingencia que solo raramente ocurriría.

La vista de una escena distante obtenida por medio de esta «corriente astral», se asemeja, por muchos conceptos, á la que se ve por medio de un telescopio. Las figuras humanas aparecen comúnmente muy pequeñas, como las de un escenario distante; pero á pesar de su pequeñez, son tan claras como si estuvieran al lado de uno. Algunas veces es posible por este medio oir lo que se dice igualmente que ver lo que hacen; pero como en la mayor parte de los casos no es esto lo que sucede, debemos considerarlo más bien como la manifestación de otra facultad, que no como un corolario indispensable de la clarividencia.

Se observará que en este caso el vidente no abandona, por regla general, su cuerpo físico; no hay ninguna clase de proyección de su vehículo astral ni de parte alguna de sí mismo hacia aquello que está viendo, sino que simplemente se fabrica un telescopio astral temporal. Por consiguiente, se halla en poder, hasta cierto punto, del uso de sus facultades físicas, hasta cuando está examinando escenas distantes; por ejemplo, su voz seguirá, generalmente, bajo su dominio, de manera que podrá describir lo que vea al mismo tiempo que está haciendo sus observaciones. La conciencia del hombre, en una palabra, se encuentra clara y tranquila al extremo de la línea.

Este hecho, sin embargo, tiene sus limitaciones así como sus ventajas; limitaciones que se parecen también mucho á las que se encuentran en el uso del telescopio en el plano físico. El experimentador, por ejemplo, no puede cambiar su punto de vista; su telescopio, por decirlo así, tiene un campo particular de visión que no puede agrandarse ni alterarse; ve la escena desde cierta dirección, y no puede darle vuelta repentinamente para verla desde el otro lado. Si dispone de suficiente energía psíquica, puede desechar por completo el telescopio que está usando y fabricar otro totalmente nuevo, que enfoque el objeto de un modo diferente; pero éste no es un método que tenga probabilidades de ser puesto en práctica.

Pero, se nos dirá: el solo hecho de que use la vista astral, debiera permitirle ver el objeto por todos lados á la vez. Así sería si usase esta vista del modo normal sobre un objeto bastante cercano, dentro de su alcance astral, por decirlo así; pero á una distancia de cientos ó de miles de millas el caso es muy distinto. La vista astral nos da la ventaja de una dimensión adicional, pero existe todavía una posición en esta dimensión, la cual es, naturalmente, un factor potente en la limitación del uso de los poderes de un plano. Nuestra vista ordinaria de tres dimensiones nos permite ver desde luego todos los puntos del interior de una figura de dos dimensiones, tal como un cuadrado, pero para hacer esto, el cuadro tiene que estar á una distancia razonable de nuestros ojos; la sola dimensión adicional puede servir á un homdre en Londres, pero muy poco si trata de examinar un cuadrado en Calcuta.

La vista astral, al ser dificultada por dirigirla á traves de lo que prácticamente resulta un tubo, se limita de un modo muy semejante á lo que sucedería con la vista física en las mismas circunstancias; aunque si se posee á la perfección seguirá demostrando, aun á esta distancia, las auras,

y por tanto, todas las emociones y la mayor parte de los pensamientos de la gente bajo observación.

Hay mucha gente para quien este tipo de clarividencia se les facilita mucho si tienen á mano algún objeto físico que puedan emplear como punto de partida de su tubo astral, un foco conveniente para el poder de su voluntad. Una bola de cristal es el más usual y efectivo de tales focos, pues tiene además la ventaja de poseer en sí cualidades que estimulan la facultad psíquica: pero también se emplean otros objetos á los cuales tendremos necesidad de referirnos más particularmente cuando lleguemos á tratar la clarividencia semiintencional.

Relacionados con esta forma de clarividencia de corriente astral, así como con otras, vemos que hay algunos psíquicos que no pueden usarla excepto bajo la influencia del magnetismo. La peculiaridad de este caso es que entre tales psíquicos hay dos variedades: una en la cual, al libertarse de este modo, el hombre puede hacer un telescopio para sí, y otro en que el magnetizador mismo hace el telescopio, y el sujeto sólo tiene que mirar á través. En este último caso, es claro que el sujeto no tiene bastante fuerza de voluntad para construir el tubo, y que el operador, aunque posee la fuerza de voluntad necesaria, no es clarividente, porque de otro modo podría ver por medio de su propio tubo sin necesidad de ayuda.

Ocasionalmente, aunque pocas veces, el tubo que se forma posee otro de los atributos del telescopio — el de aumentar los objetos sobre los que se dirige hasta que parecen del tamaño natural.—Por supuesto, los objetos tienen que ser siempre aumentados hasta cierto punto, porque de otro modo serían absolutamente invisibles; pero por regla general la extensión es determinada por el tamaño del tubo astral, y toda la cosa es sencillamente un diminuto cuadro vivo. En los pocos casos en que las figuras se ven de tamaño natural por este método, es probable que sea porque una nueva facultad esté empezando á mostrarse; pero cuando esto sucede se necesita una observación muy cuidadosa á fin de poderlos distinguir de ejemplos de nuestra próxima clasificación.

3. *Por medio de la proyección de una forma de pensamiento.* — La habilidad de emplear este método de clarividencia implica un desarrollo algún tanto más avanzado que el anterior, pues necesita cierto dominio en el plano mental. Todos los estudiantes de Teosofía saben que el pensamiento toma forma, en todo caso, en su propio plano, y en la mayor parte de los casos también en el plano astral; pero puede que no sea tan

conocido que si un hombre piensa fuertemente en sí mismo como estando presente en un sitio dado, la forma que este pensamiento toma será una semejanza del pensador, que aparecerá en el sitio en cuestión.

Esencialmente esta forma debe componerse de la materia del plano mental, pero en muchísimos casos atraerá también alrededor de sí materia del plano astral, y de este modo se aproximará mucho más á la visibilidad. Ha habido, efectivamente, muchos casos en que ha sido vista por la persona pensada — muy probablemente por medio de la influencia magnética inconsciente que emana del pensador original. — Sin embargo, ninguna parte de la conciencia del pensador pasaría dentro de esta forma de pensamiento. Una vez que ha sido lanzada, se convierte, normalmente en una entidad aparte — seguramente no del todo sin relación con su hacedor, pero sí prácticamente en lo que se refiera á recibir alguna impresión por su medio.

El tercer tipo de clarividencia consiste, pues, en el poder de mantener tanta relación y dominio como sean necesarios, sobre una forma de pensamiento acabada de crear, para que sea posible recibir impresiones por su medio. En este caso las impresiones que esta forma recibiera serían transmitidas al pensador — no á lo largo de una línea telegráfica astral, como antes, sino por vibración simpática. — En el caso perfecto de clarividencia de esta clase, es casi como si el vidente proyectase una parte de su conciencia dentro de la forma de pensamiento, y la usase como una especie de avanzada desde la cual fuese posible la observación. Ve casi tan bien como si él mismo estuviese en el lugar de su forma de pensamiento.

Las figuras que mire, le aparecerán como de tamaño natural y muy cerca, en lugar de diminutas y á distancia, como en el caso anterior; y le será posible cambiar su punto de vista si lo desea. La clariaudiencia está quizá menos frecuentemente asociada con este tipo de clarividencia, que con la anterior, pero en su lugar se posee hasta cierto punto una especie de percepción mental de los pensamientos y acciones de las personas que se ven.

Dado que la conciencia del hombre sigue en el cuerpo físico puede (aun cuando esté ejercitando esta facultad) oir y hablar, en tanto pueda hacerlo sin distraer su atención. En el momento en que falte intensidad á su pensamiento, toda la visión se desvanece y tendrá que construir una nueva forma de pensamiento para poder continuar su intento. Los ejemplos en que esta clase de vista se posee con alguna perfección por gente

no ejercitada son, naturalmente, más raros que en el caso del tipo anterior, á causa del dominio mental que se requiere y de las fuerzas de naturaleza más fina que se emplean.

C. W. LEADBEATER.

(Se continuará).

# LA FILOSOFÍA SÂNKHYA

POR **BERTRAM KEIGHTLEY**

(CONTINUACIÓN)

## EL CUERPO SUTIL Ó INTERNO

Los trece órganos de que hemos hablado no son transitorios, y no perecen como el cuerpo grosero, sino que acompañan el alma en su peregrinación á través de todas sus diversas existencias. Para ello necesitan, según las enseñanzas de los Sânkhyas, una base, puesto que sin dicha base ellos no pasarían de ser un incoherente complejo de poderes, «como una pintura sin una materia donde fijar los colores, ó como una sombra sin un objeto que la proyecte.» Esta base, que da coherencia y realidad á los órganos, la encuentran los Sânkhyas en los cinco elementos sutiles ó *tanmâtras*, y en combinación con estos elementos sutiles, los órganos forman el cuerpo interno ó *linga*. Así es que el cuerpo interno ó *linga* consta de dieciocho componentes, á saber: los cinco elementos sutiles y además los trece órganos. La palabra *linga* denota, etimológicamente, el signo característico ó aspecto diferencial de alguna cosa; esto es, en la filosofía Sânkhya, lo que constituye la naturaleza ó carácter especial del individuo. Porque desde el momento en que el Sânkhya no reconoce la más mínima diferencia cualitativa entre las almas individuales, se sigue de ahí que es el *linga* ó cuerpo interno el que forma el principio de la personalidad en esta vida y el principio de identidad individual que persiste á través de las innumerables existencias por que pasa el alma en su peregrinación.

Y aquí nos encontramos con uno de los puntos más difíciles de la filosofía Sânkhya, tal como está representada en los textos existentes. Porque si no existe diferencia cualitativa alguna entre las varias almas individuales ó *purushas* — y hay que admitir que esto parece una forzosa aplicación lógica de todas las afirmaciones hechas respecto al *purusha* — ¿qué significación podemos dar al concepto de la individualidad aplicada á tales no diferentes *purushas?* Este es otro de los numerosos ejemplos que encontramos en el estudio del modo de pensar indio, que sugieren

inevitablemente la existencia de una enseñanza oral y esotérica, formando el suplemento de los textos, la cual está actualmente perdida para nosotros. Pero volvamos á la exposición del sistema tal como ha llegado hasta nuestros días.

Encontramos diferentes sinónimos usados en los varios textos para designar este cuerpo sutil, habiendo sido uno de ellos adoptado en nuestra misma nomenclatura teosófica primitiva, si bien desgraciadamente con una aplicación completamente distinta. Así encontramos en lugar de *linga-deha* el término *linga-sharîra* frecuentemente usado en los textos, significando ambos «el cuerpo caracterizante»; asimismo encontramos *sûkshma-deha* ó *sûkshma-sharîra*, significando simplemente cuerpo «sutil», empleado en el mismo sentido, y también hallamos no pocas veces el término *âtivâhika-sharîra* ó «cuerpo que acompaña (al alma en todo su pasaje).»

La descripción más completa del *linga-deha* se halla en el *Sânkhya-Karika*, 40, donde después de definirlo como compuesto de los *tattvas* ó principios materiales desde el *buddhi* hasta los cinco *tanmâtras* inclusive, es nuevamente descrito como «habiendo en el principio aparecido como ilimitado (con respecto á los cuerpos groseros en los cuales entra) y permanente», esto es: el cuerpo sutil es formado en el principio del mundo, y dura hasta que aparece el conocimiento libertador, ó hasta que ocurre la disolución del universo. Pero únicamente en la primera alternativa es que el cuerpo sutil es absorbido para siempre en el *Prakriti;* para todas aquellas almas que no han obtenido aun la liberación en el momento de ocurrir el *pralaya*, el *linga-deha*, es formado de nuevo en el principio del siguiente período del mundo.

La causa de esta nueva formación del cuerpo sutil está en la falta de discernimiento (entre *Purusha* y *Prakriti)*, en el poder del mérito y demérito *(Karma)*, y en las tendencias (vâsanâs) acumuladas en el *buddhi;* factores, éstos, que continúan existiendo en una condición latente en *Prakriti* durante el *pralaya* ó disolución del universo.

El *Karika* termina con estas palabras: «el cuerpo interno pasa (de un cuerpo grosero á otro) porque (de otra manera) no podía sentirse afectado por los estados.» Esto implica que la transmigración, lo mismo que el sentimiento, son efectuados por medio del cuerpo interno. Pero como quiera que el sentimiento depende de la unión del cuerpo interno con un cuerpo grosero, síguese de ahí que durante el momento del tránsito, esto es, en el breve espacio de tiempo en que, después de ocurrir la muerte, el cuerpo interno se encamina hacia otro cuerpo grosero, ningún sentimiento puede despertarse.

A fin de evitar un falso concepto entre los estudiantes de Teosofía, bueno será hacer notar que entre los estudiantes de filosofía Sânkhya, el término «cuerpo grosero» ó «cuerpo compuesto de elementos groseros»

no se limita en manera alguna á nuestro cuerpo material solamente, sino que tiene una extensión mucho mayor que la que nosotros ordinariamente incluímos dentro de nuestro concepto de materia «grosera». Así, por ejemplo, los mismos dioses Indra, Agni, Vâyu, los diferentes órdenes de Devas, Rishis, etc., etc., tienen cuerpos «groseros» en el sentido Sânkhya, esto es, cuerpos compuestos de elementos «groseros», según la significación que á esta palabra da la filosofía Sânkhaya. Más adelante trataremos de parangonar esta clasificación con la nuestra, pero las dificultades son tantas y de tal monta, que tal vez no logremas el resultado que nos hemos propuesto. Al presente nos concretamos tan sólo á las enseñanzas de la filosofía Sânkhya, tal como está expuesta en los textos que han llegado hasta nosotros.

Las últimas palabras del *Kârikâ* arriba mencionado «afectado por los estados», son explicadas del siguiente modo: «Los estados son el mérito y el demérito, discernimiento y no discernimiento, indiferencia y falta de indiferencia (hacia el mundo sensible), poderes sobrenaturales y falta de los mismos. Con tales condiciones es afectado el *buddhi*, y como quiera que este último está contenido dentro del cuerpo sutil, de ahí que este cuerpo se halle penetrado por dichas condiciones, lo mismo que un vestido adornado de olorosas flores se impregna de su perfume.»

Por consiguiente, estos «estados» ó «condiciones» y el cuerpo interno se determinan mutuamente; sin el cuerpo interno, los «estados» no son posibles, y sin dichos «estados, el cuerpo interno no podía persistir después de la vida presente. El uno y los otros se hallan, pues, recíprocamente en la relación de una continuidad sin principio, comparable á la de la semilla y la planta.

Por lo tanto, según la filosofía Sânkhya, no es el *Purusha* ó alma propiamente dicha, sino el cuerpo interno el que es bueno ó malo, sabio ó loco, desinteresado ó apasionado, fuerte ó débil; y la responsabilidad moral de la que depende el renacimiento, pertenece, por consiguiente, no al *Purusha* sino al cuerpo interno. Este cuerpo interno es frecuentemente comparado á un actor cambiando los papeles que desempeña, porque en virtud de una facultad natural que le es propia, asume las formas más distintas «impelido por el ideal del *Purusha*», ó en otras palabras, para que este último pueda recibir la recompensa de los actos á él atribuídos. «Lo mismo que un actor desempeñando varios papeles se convierte en Parashurâma ó en Ajâtashatru ó en el rey de Vatsa, así el cuerpo sutil, apropiándose éste ó aquel cuerpo grosero, se convierte en un dios, hombre, animal ó árbol» (1). Y en realidad, á este cuerpo interno se refiere el *Kârikâ* 62, cuando dice del *Prakriti:* «Verdaderamente, ninguno transmigra ni es esclavizado ó libertado; el *Prakriti* (sólo), dependiendo de los

(1) *Kârikâ* 42.

varios (*Purushas*), transmigra, es esclavizado y es libertado.» En tanto que el cuerpo interno prosigue su peregrinación, dura el dolor, puesto que la verdadera naturaleza del cuerpo interno se disuelve al fin en el *Prakriti*, y cesa para siempre la vida condicionada; únicamente entonces se consigue libertarse del dolor.

(Se continuará.)

# BIBLIOGRAFIA

*Varias discusiones entre un católico romano que pretende ser sabio y un cristiano que renegó del Catolicismo*, etc., por La Cabaña. *Comprobación de que Roma es el Ante-Cristo*, por el jesuíta Blanco. — Barcelona 1899.

Este folleto, cuyo objeto principal consiste en atacar al Catolicismo, sólo contiene diálogos donde se exponen razones sacadas de la *Biblia*. La exégesis empleada por el autor no denota una profundidad grande en su sentido, y por tanto, los conceptos resultan vulgares. Se puede asegurar que el libro es muy modesto en sus pretensiones, limitándose sólo á presentarnos una humilde protesta contra el Catolicismo. Sólo á través de sus párrafos se vislumbra la débil centella de un algo superior que siente el autor, y encuentra serias dificultades al expresarlo; por esto se ve obligado á pedir á su contrincante que fije su pensamiento en el *Sol central*, y así comprenderá al sentir su mente iluminada. Esta figura y consejo no son nuevos; ya otras muchas escuelas filosóficas y religiosas los emplearon con el mismo fin que el autor de este folleto.

*Ensayo de Fisiología sintética*, por G. Encausse (Papus), traducido por el Dr. F. Becerro y don Alfredo R. de Aldao. — Madrid 1898.

Como lo indica claramente el título de este libro, viene á suplir un vacío entre los estudios fisiológicos. En la antigüedad era más corriente la enseñanza sintética, y una de las ciencias en que ésta se empleaba con mejor éxito era la fisiología. Debido al imperio conseguido por el método analítico, la fisiología no ha podido resolver ni darse cuenta de algunos de los innumerables fenómenos que tienen lugar en el hombre; y sólo se presentan teorías que no tienen más autoridad racional que las que nuestros antepasados sostenían. El tratado del Dr. Encausse es una exposición de las principales funciones fisiológicas en su relación unas con otras, y el desarrollo de sus teorías particulares en el estudio de las mismas. El libro, aunque con el título de *Ensayo*, merece conocerse, porque aporta nociones nada vulgares, y es el único que en este sentido se ha escrito.

# ADVERTENCIA

***No pudiendo dar en este número el pliego aparte correspondiente á «Luz en el Sendero», en nuestro número próximo compensaremos á nuestros suscriptores con doble cantidad de páginas de la referida publicación.***

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.